

monstruos intentaban despedazarla; y el celo de su sabiduría le pone en sus manos el mas precioso don que pudiera presentarle en la traduccion de la Vulgata, eterno monumento de su erudicion, de su saber, de su ingenio y de su virtud.

¡Loor eterno á ti, ó Gerónimo! Tus virtudes y sabiduría han asombrado al mundo; y la memoria de tu nombre no perecerá. Las generaciones se sucederán unas á otras; pero el eco de tu fama subsistirá, y hasta las extremidades mas remotas del universo te publicarán por un héroe grande, que mereció bien de la iglesia por su virtud y saber. Por el poderoso valimiento que tienes con el divino Redentor, encarecidamente te suplico infundas en nosotros tambien el aliento del amor divino que abraza tu pecho; porque así nada mas nos agrada que Jesus, nada mas deseemos que Jesus, y nada mas amemos que Jesus. Oh! y cómo entónces podremos prometernos cantar en tu compañía en el cielo sus loores, sus cánticos, sus alabanzas. Así sea.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA GERTRÚDIS, VÍRGEN.

(DE TRONCOSO.)

Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi.

Yo soy toda de mi amado, y mi amado es todo mio.

Cantic. c. 6. v. 2.

Grande es al par que admirable la fuerza del amor. El fuego insinuándose en las entrañas de la tierra, produciendo volcanes espantosos, derritiendo cual blanda cera los mas duros metales y petrificando las sustancias mas líquidas, no es mas que un débil é imperfecto bosquejo de la accion poderosa de esa llama sagrada, que llegando á apoderarse del corazon humano, hace de él el instrumento de las acciones mas heróicas y de los mas estupendos prodigios. El amor vivifica de tal modo al que le posee, que le hace superior á la muerte misma. El amor domina todos los acontecimientos, no teme lo pasado, se anticipa al porvenir, es dueño del pensamiento, arrebatá las potencias, cambia el corazon, trasforma al que ama en el objeto de su cariño, y le identifica con él. Dos seres que se estrechan con este sagrado vínculo, son una misma cosa: porque en fuerza de una correspondencia recíproca, el uno no vive sino para el otro. Y si esto es así aun en el amor profano, ¿qué diremos de aquel amor que tiene por objeto la bondad suma, la belleza sin mancha, la santidad por esencia, el amor mismo, Dios? Oh! En ese ser inmutable y eterno es donde se consuma la perfeccion del

amor. El que se une á este objeto sobre todos amable, puede decir que ha hallado el centro de su corazon y el descanso de su alma, y exclamar como la esposa de los Cánticos : « Yo soy toda de mi amado, y mi amado es todo mio : » *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi.*

De esta verdad innegable ofrece á nuestra consideracion la prueba mas concluyente el objeto de los presentes cultos. Al pronunciar el nombre de la santa vírgen Gertrúdis, la idea del amor divino se presenta á nuestra imaginacion con todos los caractéres que forman su perfeccion y complemento. Ninguna tal vez con mas razon que esta alma candorosa pudo apropiarse las palabras de los Cánticos, y decir de Jesucristo : « Yo soy toda de mi amado, y mi amado es todo mio. » ¿ En qué otra se halló jamas una donacion mas perfecta y universal de todos sus sentidos y potencias, una adhesion mas constante, una fidelidad mas asombrosa á su divino esposo? ¿ Á quien comunicó el Señor mayores dones, gracias mas singulares, carismas mas extraordinarios, y una efusion tan copiosa de luces sobrenaturales?

No pretendo, señores, establecer comparaciones que siempre son odiosas. Léjos de mí el pensamiento de rebajar en lo mas mínimo el mérito de tantas almas grandes, de tantas vírgenes ilustres á quienes honra el cristianismo como otras tantas reinas que unidas á Jesucristo con los lazos de un desposorio de amor, hacen la corte al Cordero inmaculado en la mansion feliz de la gloria. Todas ellas me merecen el mas singular afecto, á todas igualmente se extiende mi veneracion. Séame no obstante permitido decir que cuantas veces oigo pronunciar el nombre de esta heroína insigne, cuantas registro su portentosa historia, un no sé qué de grandioso y admirable arrebatada de tal modo mis potencias, que olvidado de cuantas prerogativas brillan en las demas heroínas cristianas, me digo á mí mismo en aquellos momentos de entusiasmo : « Hé aquí la gran mujer esposa del Cordero; » hé aquí la que unida á Jesus con un amor superior á cuanto puede concebirse, fué toda de él por pensamiento, por afecto, por voluntad, por una entrega perfecta de todo su ser; hé aquí en fin aquella á quien Jesucristo amó cuanto pudo, cuanto supo, cuanto fué capaz de amar á una criatura hija de Adán, heredera de todas sus miserias. Esta es aquella vírgen que poseída toda del mas perfecto y tierno amor hácia su Dios y extraordinariamente favorecida de él, pudo lisonjarse de ha-

ber sido toda de su amado, y su amado todo de ella : *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi.*

No puede estar mas expresamente manifestada la idea del presente discurso. Dividámosla en dos puntos. En el primero presentaremos á santa Gertrúdis toda entregada á Jesucristo por la fidelidad y constancia de su amor. En el segundo mostraremos á Jesucristo todo entregado á santa Gertrúdis, por una efusion extraordinaria de gracias y dones con que la correspondió. Tal es el objeto de vuestra atencion.

¡ Oh Esposo de las vírgenes, que con el suave aroma de tus perfumes arrebatas el corazon de las almas cándidas é inocentes! Tú fuiste el objeto de las delicias de nuestra amable Gertrúdis desde que su tierna inteligencia fué capaz de conocerte, y tú, no ménos enamorado de la beldad de su alma, la escogiste por tuya y la hiciste el centro de tus caricias y de tu amor. A ti solo seria dado elogiar dignamente á tu esposa, pues fuiste testigo de su grande heroísmo. Mas ya que yo mísero mortal debo ser en este día el panegirista de su amor y de tus divinos favores, dignate asistirme con tu gracia para que pueda desempeñar mi mision, si no como se merece el asunto, al ménos cual cumple á mi deber para edificacion de los fieles. Sé tú mi protectora, Vírgen singularísima y reina de todas ellas, y muéstrate propicia á los ruegos de este piadoso auditorio que con la mayor ternura te saluda con el ángel: *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

La gracia del Espíritu divino no admite freguas ni reconoce dilaciones, ha dicho el padre san Ambrosio. Cuando el Señor se propone hacer suya un alma y llamarla á su servicio, desde luego derrama sobre ella aquellos dones y gracias sobrenaturales que la hacen capaz de todo el heroísmo de la virtud. ¡ Cuán portentosamente se vió verificada esta verdad en la ilustre vírgen cuyo elogio nos proponemos trazar en esta mañana! No bien Gertrúdis habia abierto los ojos á la luz de este mundo, cuando, como si desde aquel momento hubiese tenido una idea perfecta de sí misma y del fin á que nacia destinada, toda se entregó á su dulce Jesus, con quien únicamente debia vivir unida durante los dias de su existencia. En la misma pila en donde fué reengendrada á la gracia por medio del santo bautismo, comenzó

aquella carrera de amor que á pasos de gigante continuara sin interrupcion toda su vida. Su primera mirada fué una mirada amorosa hácia una imágen de Jesucristo señor nuestro que pendia del altar, la cual fué un dardo con el que, á imitacion de la esposa de los Cánticos, hirió el corazon de su amado y le hizo todo suyo (1). Desde aquel momento sus ansias, sus suspiros, todos sus deseos no tendian sino á unirse apretadamente con aquel Jesus que formaba las delicias de su inocente alma. Viéraisla, amados oyentes, aun entre las fajas de la infancia buscar por todas partes á su amado, clamar en pos de él con voz sentida y tierna: « ¿En dónde te hallaré, oh esposo castísimo de mi corazon? ¿Quién me diera el poder disfrutar día y noche de tu dulce presencia, sin que cosa alguna de este mundo fuese capaz de separarme de ti un solo momento! ¿Tuyo es mi corazon, Jesus amabilísimo; tuyos son todos mis afectos; á ti solo pertenece todo mi ser! » Y bien así como avecilla que prisionera en dorada cárcel, no pára ni descansa, anhelando siempre el momento de verse libre para remontar su vuelo hácia la region del aire, no de otro modo Gertrúdis ansiaba romper las cadenas que la detenian en medio de un mundo á quien odiaba, para volar hácia su centro Dios, y unirse á él con los indisolubles vínculos de un amor perpetuo en la sagrada religion del gran padre san Benito. Allí la llamaba de continuo la voz del esposo, cuyo eco resonaba sin cesar en el fondo de su pecho, y allí fué donde Gertrúdis dirigió sus pasos siendo aun de edad de cinco años; sin que nada de cuanto el siglo ofrece á los mortales de grande, de bello, de seductor, pudiese contenerla ó disuadirla de su meditado propósito.

¿Quién podrá dignamente trazar el cuadro majestuoso que ofreció esa alma candorosa unida al dulce objeto de su cariño en aquella mansion de la virginidad y de la inocencia? Decir que desde los primeros pasos de su vida religiosa fué el modelo de las mas aprovechadas en la virtud y perfeccion, seria una expresion demasiado vaga é indeterminada, si bien llena de verdad. Encomien empero otros su profundo silencio, su extrema mortificacion, su escrupulosa exactitud en el cumplimiento de sus reglas, su abatimiento y abnegacion sin límites, y todos los demas dotes que constituían en ella lo mas sublime

(1) Cant. 4. v. 9.

de la perfeccion monástica. Digan norabuena sus panegiristas é historiadores, « que siendo niña en los años era ya anciana en la discrecion, la primera en las divinas alabanzas, la mas exacta en las vigiliias de la noche, la mas ferviente en la oracion, la mas instruída en la ley del Señor; en la humildad la mas humilde, en la obediencia la mas puntual, en la caridad la mas ardiente, en la castidad la mas pura, y en toda virtud la mas perfecta. » Yo solo diré que amó á su dulce esposo cuanto supo, cuanto pudo, cuanto cupo en una criatura tiernamente enamorada. Desprendida el alma de Gertrúdis de todo lo terreno, viviendo en este siglo como si no viviese, podía decir con tanta ó mas razon que el Salmista: « ¿Qué cosa hay para mí en el cielo, ni qué otro objeto podré hallar sobre la tierra fuera de ti, Señor, capaz de llenar mis deseos? Ah! mi carne y mi corazon desfallecen, oh Dios de mi corazon, suspirando en pos de ti que eres la herencia mia por toda la eternidad. Todo mi bien está cifrado en vivir unida inseparablemente contigo en quien únicamente reside mi vida, mi reposo y el término de todas mis esperanzas. »

Tales eran los afectos de nuestra santa, y en su consecuencia obraba como un alma que no tenia otras miras ni otro objeto que agradar y servir á su Dios. ¿Os hablaré, católicos, de aquella presencia continua en que estaba con el Señor hasta el punto de confesar de sí misma que jamas se habia olvidado de él un solo instante? ¿Os hablaré de la indecible amargura con que lloró por mucho tiempo el haberse dedicado al estudio de las letras, tan luego como su celestial esposo la hizo conocer el menoscabo que experimentaba su fervor por efecto de su demasiado apego á esta clase de conocimientos? ¿Os hablaré de aquel celo ardiente con que procuraba contribuir á la salvacion de las almas por cuantos medios le eran posibles, orando, exhortando, escribiendo, y ofreciéndose á Jesucristo en expiacion de los pecados de sus prójimos? ¿Y qué decir del anhelo con que ofrecia todos sus merecimientos por las almas del purgatorio, con el único objeto de que Dios tuviese adoradores que continuamente engrandeciesen en el cielo sus misericordias, y le amasen sin interrupcion? ¿Qué de aquella confianza imperturbable que siempre tuvo en la bondad divina, sin que ni la acervidad de los dolores que la atormentaron, ni la gravedad de los trabajos que la afligieron, ni la multiplicidad de

adversidades que la sobrevinieron pudiesen jamas entibiar la llama de su amor? ¿Mas qué impresion podian hacer los bienes ni los males de esta vida en un corazon tan unido á la voluntad suprema, que ni rehusaba el vivir ni temia el morir, estando igualmente dispuesta á lo uno que á lo otro, ó mas bien sin otra disposicion de su parte sino el que se cumpliese en ella en todo el beneplácito de Dios? Imaginad si podeis mayor perfeccion en el amor. Mas sí, católicos, en Gertrúdis todavía avanzó mas. La bienaventuranza de los santos consiste en ver á Dios, en gozar de sus perfecciones infinitas, en saciarse de su misma gloria. Por obtenerla se sepultaron los anacoretas en el fondo de los hórridos desiertos; millares de vírgenes sacrificaron su libertad en el recinto del santuario; mártires sin cuento entregaron sus cuerpos á las llamas, á los ecúleos, á las bestias feroces y á todo género de muertes las mas crueles y desapiadas. Por disfrutar de Dios gemia de continuo un san Pablo, y no cesaba de exclamar: ¿Quién quebrantará los lazos que me detienen en este cuerpo mortal? Por disfrutar de Dios deseaba un san Ignacio que los leones que le esperaban en Roma no se mostrasen con él mansos y apacibles como con otros confesores de Jesucristo, y conjuraba á los fieles que no le impidiesen lograr la dicha que tanto apetecía. En suma, el deseo de la gloria es tan natural en un alma justa, como lo es en todos los seres el dirigirse hácia su centro. Pues ved, amados oyentes, hasta dónde rayó el heroísmo del amor de Gertrúdis hácia su Dios, que aun la gloria misma le era indiferente con tal de poder agradarle; porque le amaba por lo que era, por su bondad infinita, por su santidad suma, porque reconocia en él el único objeto digno de poseer el corazon de todas las criaturas. Así que sus palabras, sus acciones todas no tenian otro fin que el de encender este amor en cuantas almas trataba, y exhortar á todos los seres á alabar y engrandecer á su Dios. « Si velaba, si dormia, si trabajaba ó descansaba (dice el historiador de su vida), comiendo, rezando, orando, siempre, en todo lugar se hallaba embriagada del amor de su dulce esposo. Nada pensaba ni decia que no fuese de él y en órden á su servicio, movida por el deseo de agradarle y fomentar su gloria. Este era el blanco de sus acciones, á esto encaminaba todos sus esfuerzos, clamando siempre por su amado y recreándose en su memoria. Todo cuanto no era por él, le era acíbar y tormento. Ardía en

vivos deseos de padecer mil muertes por su gloria, y millares de martirios por su amor (1).

Pero, ¿á dónde voy, católicos oyentes? Temo engolfarme demasiado en el inmenso océano del amor de Gertrúdis hácia su dulce esposo Jesus. Cuando la miro absorta en aquella contemplacion altísima que la arrancaba, por decirlo así, de la tierra, y la colocaba en el paraíso eterno con los bienaventurados; cuando la veo rodeada por donde quiera de dolores acerbos, perseguida de fieros enemigos y hecha el objeto de las mas duras pruebas, y que en medio de tantas adversidades solo se conduce de que sus padecimientos no sean mayores por el amor de su dulce Jesus; cuando la oigo clamar y pedir con ansia que le sean comunicados los dolores de su Redentor, y llorar con amargura porque no llega á experimentar toda la acerbidad de su cruelísima pasion, yo no puedo ménos de asombrarme; siento latir mi corazon dentro de mi pecho; admiro la fuerza del amor comunicado á esa ilustre vírgen, y engrandezco á aquel que maravillas y prodigios tan sublimes obra en sus criaturas; pero no atreviéndome á calificar los quilates de ese fuego amoroso comunicado á nuestra insigne heroína, contentome con decir que ella fué toda de su amado: toda desde que vió la luz de este mundo, toda en su niñez, toda en su juventud, y toda en todos los periodos de su vida.

¿Deseais, amados oyentes, pruebas mas detalladas de la íntima union de nuestra santa con el objeto embelesador de su corazon amante? Yo siento en el alma que el tiempo corra con tanta velocidad, y no me sea permitido extenderme como quisiera en esta materia. Registrad empero su portentosa historia y vereis aquella dorada cadena de amor cuyos eslabones jamas se rompieron desde la cuna hasta el sepulcro; admiraréis los coloquios suaves y divinos que dirigia á su esposo; os regocijaréis al ver las estrechas comunicaciones y la asombrosa familiaridad que llegó á conseguir con él, y no cesaréis de maravillaros al contemplar en Gertrúdis una esposa de Jesucristo que en virtud del amor que arde en su pecho, padece deliquios, sale fuera de sí misma y muere á cada momento, no pudiendo contener la violencia de aquella llama que la consume y devora; una vír-

(1) Fr. Juan de Castañiza, *Vida de santa Gertrúdis*, part. 1. cap. 13. pág. 80.